

plumen.» Estaba horriblemente flaco, no dormía y no podía tenerse ya sobre las piernas. «En cuanto á mi persona, estoy tranquilo; pero ¡la pobre viuda de Burns y media docena de chiquitines! Para eso soy tan débil como lágrima de mujer.» Aún tuvo el temor de no acabar en paz y la amargura de pedir limosna. «Un pícaro tendero (escribía á su primo), pensando que voy á morirme, ha entablado una demanda contra mí, é infaliblemente va á dar con mis pobres huesos en la cárcel... ¡Oh! ¡si supieseis qué orgulloso es mi corazón me compadeceríais doblemente! ¡Ay! ¡yo no estoy acostumbrado á mendigar!» Murió pocos días después, á los treinta y ocho años. Su mujer daba á luz el quinto hijo.

II

¡Triste vida! Y esa es, por lo común, la de los precursores. No es sano marchar demasiado aprisa; Burns iba tan adelante, que se necesitaron cuarenta años para alcanzarle. Entonces los conservadores y los creyentes predominaban en Inglaterra sobre los excépticos y revolucionarios. La constitución era liberal, y parecía la garantía de los derechos; la Iglesia era popular, y parecía el sostén de la moral. La capacidad práctica y la incapacidad especulativa desviaban á los espíritus de las innovaciones propuestas, y los afeerraban al orden establecido. Se encontraban bien en la gran mansión feudal, ensanchada y amoldada á las necesidades modernas; les parecía hermosa, estaban orgullosos de ella, y el instinto nacional, como la opinión pública, se declaraban contra los innovadores

que querían demolerla para reedificarla. De repente una violenta sacudida había transformado ese instinto en pasión y esa opinión en fanatismo. La revolución francesa, admirada al pronto como una hermana, había parecido una furia y un monstruo. Pitt declaraba en pleno Parlamento, con aplauso universal (1), «que las notas dominantes del nuevo gobierno republicano eran la abolición de la religión y la aboliclón de la propiedad». Toda la clase ilustrada é influyente se levantaba para aplastar á esa secta de bandidos por institución y ateos por principios, y el jacobinismo, que surgía entre sangre para asentarse en la púrpura, fué perseguido hasta en su hijo y campeón «Bonaparte, que le había centralizado y entronizado (2)». En medio de ese ensañamiento nacional, las ideas liberales palidecían; los más ilustres amigos de Fox, Burke, Windham, Spencer, le abandonaron: de 160 partidarios que tenía en la Cámara de los Comunes, no le quedaron más que 50. El gran partido whig pareció desaparecer, y en el año de 1799 la mayor minoría que pudo reunirse contra el gobierno fué de 25 votos. Entre tanto se tenía en un puño al jacobinismo inglés (3); «el *habeas corpus* se suspendía varias veces; los escritores que insinuaban doctrinas contrarias á la monarquía y á la aristocracia eran proscritos y castigados sin conmiseración. Era peligroso que un republicano hiciese su profesión de fe política en la fonda, delante de su *beefsteak* y su botella; y en Escocia, por ofensas que en Westminster se hubiesen calificado de delitos simples (4), se veía mandar á Bo-

(1) *Pitt's Speeches*, t. II, p. 17.

(2) Discurso de Pitt, 17 de Febrero de 1800.

(3) *Life of William Pitt*, by Macaulay.

(4) *Misdemeanours*.

tany-Bay, confundidos con los criminales (1), á hombres de espíritu culto y de porte distinguido». Entre tanto, la intolerancia de la nación agravaba la del gobierno. Cualquiera que hubiese proclamado ideas democráticas hubiera sido insultado. Los periódicos presentaban á los innovadores como malvados y enemigos públicos. El populacho de Birmingham quemaba las casas de Priestley y de los unitarios. A la postre Priestley tuvo que salir de Inglaterra. Lord Byron se desterró por el mismo motivo, y al partir, sus amigos temieron que la multitud reunida en torno de su coche pusiera las manos sobre él.

No era en ese mundo, armado contra las nuevas teorías, donde las nuevas teorías podían nacer. La revolución penetra allí no obstante; penetra disfrazada y por un camino desviado, de modo que no se la conoce. No son las ideas sociales las que se transforman, como en Francia, ni las ideas filosóficas, como en Alemania, sino las ideas literarias; la gran marea ascendente del espíritu moderno, que derriba en otras partes todo el edificio de las condiciones y de las especulaciones, no llega aquí por el pronto más que á cambiar el gusto y el estilo. Pequeño cambio, al menos en apariencia, pero que, en resumen, vale lo que los otros; porque esa renovación en la manera de escribir es una renovación en la manera de pensar, y esta última traerá todas las otras, como el movimiento del eje central acarrea el movimiento de todos los rodajes engranados.

¿En qué consiste esa reforma del estilo? Antes de definir la prefiero mostrarla, y para eso es menester que se vea el carácter y la vida del primero que la ha

(1) *Felons*.

practicado sin sistema, William Cowper: porque su talento no es más que la imagen de su carácter, y sus poemas no son más que el eco de su vida. Era un niño delicado, tímido, de una sensibilidad excesiva, apasionadamente efectivo, y que, habiendo perdido á su madre á los seis años, se vió sometido casi inmediatamente al *fagging* y á las brutalidades de una escuela pública. Son extraños en Inglaterra: un muchacho de unos quince años le tomó como víctima, y el pobre niño, continuamente maltratado, concibió «tal temor á su verdugo, que no se atrevía á alzar los ojos delante de él, y le conocía más por las hebillas de sus zapatos que por ninguna otra parte de su vestido». A los nueve años le invadió la melancolía, no el ensueño dulce á que damos ese nombre, sino el profundo abatimiento, la desesperación sombría y continua, la horrible enfermedad de los nervios y del alma que produce el suicidio, el puritanismo y la locura. «Día y noche estaba en un suplicio, acostándome lleno de angustia, levantándome lleno de desesperación.» El mal cambiaba de aspecto, disminuía, pero no le abandonaba. Nacido en una gran familia, pero no teniendo más que una pequeña fortuna, aceptó sin reflexión la oferta de su tío, que quería darle un empleo en la Cámara de los Comunes; pero había que sufrir un examen, y todos sus nervios se estremecían con sólo pensar que tendría que aparecer y hablar en público. Durante seis meses trató de prepararse; pero leía sin comprender; le minaba una fiebre nerviosa. Sus sensaciones eran «las de un hombre que sube al cadalso, siempre que ponía el pie en la oficina; durante seis meses fué allí todos los días». — «En ese estado (dice), me acometía á veces tal acceso de desesperación, cuando estaba solo en mi cuarto, que gritaba y mal-

decía la hora en que nació, levantando los ojos al cielo, no en ademán suplicante, sino con un espíritu infernal de odio venenoso y de reproche contra mi Creador.» El día del examen se acercaba; esperó volverse loco para librarse de él, y, como la razón se mantenía firme, hasta pensó en matarse. En fin, en un momento de delirio, vino la demencia y le metieron en una casa de locos, «lleno de un sentimiento exaltado de disgusto y de horror hacia sí propio, y asediado por el temor de un inmediato castigo», hasta el extremo de creerse condenado, como Bunyan y los primeros puritanos. Al cabo de varios meses recobró la razón, pero impresionada por los extraños países donde había viajado completamente solo. Permaneció triste, como hombre que se cree caído en desgracia con Dios, y se sintió incapaz de una vida activa. En esto, un ministro, Mr. Unwin y su mujer, gente piadosa y ordenada, le recogieron. El trataba de ocuparse mecánicamente, fabricando, v. gr., jaulas de conejos, jardineando y domesticando liebres. Empleaba el resto del día, como un metodista, leyendo la Escritura ó sermones, cantando himnos con sus amigos, y conversando sobre materias espirituales. Ese régimen, el aire sano del campo, el afecto maternal de mistress Unwin y de lady Austen, determinaron algún alivio. ¡Le querían tan generosamente, y era él tan amable! Afectuoso, lleno de abandono, inocentemente bromista, con una imaginación natural y encantadora, una fantasía graciosa, una exquisita finura, y ¡tan desgraciado! Era de aquellos á quienes las mujeres veneran, á quienes aman maternalmente, por compasión primero, por atracción después, porque sólo en ellos encuentran las consideraciones, las atenciones minuciosas y tiernas, los respetos delicados que nuestra rudeza no sabe tributarlas,

y que necesita, sin embargo, su ser más sensible. Esos dulces instantes no fueron duraderos. «Mi espíritu (decía) tiene siempre un fondo melancólico; se parece á ciertos estanques que he visto, que están llenos de un agua negra y corrompida, y que, no obstante, en los días serenos reflejan en su superficie los rayos del sol.» Sonreía como podía, pero con esfuerzo; era la sonrisa de un enfermo que sabe que es incurable, y trata de olvidarlo un momento, ó por lo menos, de hacerlo olvidar á los demás. «Me asombra de veras que venga á llamar á las puertas de mi inteligencia un pensamiento jovial y más aún que encuentre acceso. Es como si Arlequín forzase la entrada de la cámara lúgubre en que está expuesto un cadáver. Sus ademanes grotescos desentonarian de todas maneras, pero más aún si arrancaban una carcajada á los semblantes fúnebres de los asistentes. Sin embargo, el espíritu fatigado durante mucho tiempo por la uniformidad de una perspectiva monótona y desolada fijará sus ojos con alegría en todo objeto que introduzca un poco de variedad en sus contemplaciones, aunque no sea más que un gato jugando con su cola.» En resumen: tenía un corazón demasiado delicado y demasiado puro; hombre piadoso, intachable, austero, se juzgaba indigno de ir á la iglesia y aun de rezar á Dios. «Los que han encontrado un Dios, y tienen el permiso de adorarle, han encontrado un tesoro que no apreciarán nunca bastante, por mucho que le aprecien. Creedme, creed á un hombre que, habiendo gozado de ese privilegio durante algunos años, se ha visto privado de él durante un número de años mayor aún, y *que no tiene la esperanza de recobrarle nunca.*» Y en otra parte: «Cabe representarse el corazón de un cristiano sumido en la afición y lleno, no obstante, de regocijo; traspasado

de espinas y coronado, no obstante, de rosas. Yo tengo la espina sin la rosa. Mi rosal es un rosal en invierno; las flores se marchitaron, pero la espina queda.» En el lecho de muerte, cuando el ministro le decía que tuviese confianza en la misericordia del Redentor que quiere salvar á todos los hombres, lanzó un grito apasionado, suplicándole que no le ofreciese semejantes consuelos. Se creía perdido; se había creído perdido toda su vida. Con ese terror, se aniquilaron todas sus facultades, una á una. Pobre y encantadora alma que pereció como flor delicada de un país cálido trasplantada á la nieve: la temperatura del mundo era demasiado ruda para ella, y la regla moral que hubiese debido abrigoarla la desgarró con sus agujones.

Un hombre semejante no escribe por el placer de hacer ruido. Componía versos como pintaba ó acepillaba madera, por ocuparse, por desprenderse de sí mismo. Su alma estaba demasiado llena; no necesitaba ir muy lejos en busca de asuntos. Representémonos esa figura pensativa, que silenciosamente, á orillas del Ouse, vaga y contempla. Contempla y medita; una fresca aldeana con su cesta al brazo, un arado distante que avanza lentamente detrás de la yunta sudorosa, un manantial brillante que pule las piedras azuladas, no se necesita más para llenarle de sensaciones y de pensamientos. Vuelve, se sienta en su pabelloncito tamaño como una silla de manos, con una ventana al huerto del vecino y puerta á un jardín lleno de claveles, de rosas y madre selvas. En ese nido trabaja. Por la noche, al lado de su amiga, que hace labor de agujas, lee ó escucha los ruidos amortiguados de fuera. De esa vida nacen sus versos; le basta á él, y basta para inspirarle sus poesías. No necesita otra más violenta; menos sencilla y tranquila, le trastornaría; las

impresiones que son pequeñas para nosotros, son grandes para él, y en una habitación, en un jardín, encuentra un mundo. A sus ojos, los menores objetos son poéticos. Es la caída de la tarde en invierno; llega el conductor del correo, «heraldo de un mundo bullicioso, con las noticias de todas las naciones amontonadas en la espalda». Sin preocuparse de ellas «va silbando alegremente»; toda su misión es depositarlas en la posada. En fin, ya está ahí el precioso paquete; le abren, se quiere oír la multitud de voces ruidosas que trae de Londres y del universo. «Ahora animad el fuego, cerrad bien las maderas, dejad caer las cortinas, acercad el sofá y mientras la urna hirviente y sibilante arroja su columna de vapor, demos la bienvenida á la tranquila noche que comienza.» Y he ahí dando cuenta de su periódico, política, noticias, todo, hasta los anuncios, no como simple realista, según tantos escritores de hoy, sino como poeta, como hombre que descubre una belleza y una armonía en los carbones de un fuego que chisporrotea ó en el movimiento de los dedos que corren sobre una labor; porque tal es el extraño distintivo del poeta: los objetos, no sólo vuelven á surgir de su espíritu más grandes y precisos de lo que eran en sí propios y antes de entrar en él, sino que, una vez concebidos por su mente, se depuran, se ennoblecen, se coloran, como los vapores ordinarios que, transfigurados por la distancia y la luz, se truecan en nubes satinadas, orladas de púrpura y de oro. Para él, hay gracia en las móviles curvas de ese vapor que exhala la tetera; hay dulzura en esa concordia de los huéspedes de una misma casa reunidos alrededor de la misma mesa. Estas solas palabras: *noticias de la India*, le harán ver la India misma, vieja reina empenachada, «con su turbante adornado de

plumas y de perlas». Esta sola idea: *el impuesto de las bebidas*, pondrá ante sus ojos legiones de toneles rezumantes, «que, tocados por el dedo del Estado como por el dedo de Midas, sangran oro para las prodigalidades de los ministros». Hablando propiamente, la naturaleza es como un museo de variados y magníficos cuadros, que para el común de los hombres están siempre cubiertos con su sarga. A lo sumo, algún que otro desgarrón nos permite sospechar las bellezas ocultas debajo de las monótonas cubiertas; pero el poeta levanta todas esas cubiertas y ve un cuadro donde nosotros no descubrimos más que una envoltura. He ahí la nueva verdad que los poemas de Cowper ponen de manifiesto. Sabemos por él que no necesitamos ya ir á buscar en Grecia, en Roma, en los palacios, entre los héroes y los académicos, los objetos poéticos. Están tocando con nosotros: si no los vemos, es porque no sabemos verlos; la culpa es de nuestros ojos, no de las cosas. Encontraremos la poesía, si queremos, dentro de nuestro hogar y entre los tablares de nuestra huerta (1).

¿Es realmente la huerta lo poético? Hoy quizá; pero mañana, si tengo seca la imaginación, no veré allí más que zanahorias y otros artículos de cocina. Lo poético, lo que debo respetar como la flor más preciosa de la belleza, es mi sensación. De aquí un nuevo estilo. No se trata ya, según la antigua moda oratoria, de encerrar un asunto en un plan regular, de dividirlo en porciones simétricas, de ordenar las ideas en filas como los peones en un tablero de damas.

(1) En este sentido, Crabbe es también uno de los maestros y de los novadores; pero tiene el estilo clásico, y se le ha llamado muy bien «Cope in worsted stockings».

Cowper toma el primer asunto que se presenta, el que le ha ofrecido á la ventura lady Austen, un sofá, y habla de él durante dos páginas; luego va adonde le conduce el curso de sus ideas, describiendo una velada de invierno, una porción de hogares y de paisajes, mezclando aquí y allí reflexiones morales de todas especies, relatos, disertaciones, juicios, confidencias, al modo de un hombre que piensa en alta voz delante del amigo más íntimo y querido. He ahí su gran poema, *the Task*. «Comparados con este libro (dice Southey), los mejores poemas didácticos son como jardines simétricos al lado de un verdadero paisaje poblado de árboles.» Si se entra en el pormenor, el contraste es mayor aún. El poeta no parece pensar que se le escucha; no habla más que consigo mismo. No insiste sobre sus ideas como los clásicos, para ponerlas de relieve mediante repeticiones y antítesis; nota su sensación, y no atiende más que á eso. Nosotros la seguimos en él á medida que nace, la vemos salir de otra, crecer, descender y volver á subir, como vemos elevarse insensiblemente, enroscarse y desenvolver sus cambiantes formas al vapor desprendido de su origen. El pensamiento, cristalizado y rígido en los otros, se hace aquí móvil y fluido; el verso rectilíneo tórnase flexible; el vocabulario noble ensancha su trama para dejar paso á los términos vulgares de la conversación y de la vida. En fin, la poesía ha vuelto á ser viva; no se trata ya de escuchar palabras, sino de sentir emociones; no es ya un autor el que habla: es un hombre. Allí está toda su vida, sin mentira ni aderezo; todo su esfuerzo se consagra á suprimir el aderezo y la mentira. Cuando describe su riachuelo, su querido Ouse, «que serpentea mansamente por la tersa llanura de dilatadas praderas, salpicadas de ganado», le ve inte-

riormente, y cada palabra, cada corte, cada sonido, corresponde á un cambio de esa vista interior. Lo mismo pasa con todos sus versos: están henchidos de emociones personales, verdaderamente experimentadas, jamás alteradas ni disfrazadas, sino, al revés, expresadas con sus matices y ondulaciones fugitivas, expresadas tales y como son, *haciéndose y deshaciéndose*, no enteramente hechas, inmóviles y fijas, como el antiguo estilo las representaba. En eso consiste la gran revolución del estilo moderno. El espíritu, traspasando las reglas conocidas de la retórica y de la elocuencia, penetra en la psicología profunda, y no emplea ya las palabras más que para cifrar las emociones.

III

Entonces apareció (1) la escuela romántica inglesa, enteramente semejante á la nuestra por sus doctrinas, sus orígenes y sus alianzas, por las verdades que descubrió, las exageraciones que cometió y el escándalo que promovió. Sus adeptos formaban una secta, «secta de disidentes en poesía (2)», que hablaban alto, se mantenían apiñados, y sublevaban á las cabezas sesudas por la audacia y la novedad de sus teorías. En lo tocante al fondo de las cosas, se veía en ellos «los principios antisociales y la sensibilidad enfermiza de Rousseau, ó, de otra manera, un descontento estéril y misantrópico de las instituciones presentes de la sociedad». En efecto; Southey, uno de sus jefes, empezó por

(1) 1793-1794.

(2) *Revista de Edimburgo*, Octubre de 1802.

sociniano y jacobino, y uno de sus primeros poemas, *Wat Tyler*, traía en apoyo de la revolución presente la glorificación de la Jacquerie pasada. Otro, Coleridge, pobre diablo y antiguo dragón, con la cabeza atestada de lecturas incoherentes y de sueños humanitarios, había pensado fundar en América una república comunista purgada de reyes y de sacerdotes; luego, haciéndose unitario, se imbuyó en Göttinga de teorías heréticas y místicas sobre el Verbo y lo absoluto. El mismo Wordsworth, el tercero y más templado, empezó por escribir versos vehementes contra los reyes, «esos hijos del limo, que con su cetro querían detener la marea revolucionaria, y á quienes iba á barrer y sepultar la ola de la libertad». Pero esas iras y esas aspiraciones no resistían mucho; y, al cabo de algunos años, los tres habían vuelto al regazo del Estado y de la Iglesia: el uno era periodista de Mr. Pitt, el otro pensionista del gobierno, el tercero poeta laureado, tres convertidos celosos, anglicanos decididos y conservadores intolerantes. En materia de gusto, al contrario, habían ido adelante sin retroceder. Habían roto violentamente con la tradición, y saltaban por encima de toda la cultura clásica para buscar sus modelos en el Renacimiento y en la Edad Media. Uno de ellos, Carlos Lamb, como Sainte-Beuve, había descubierto y restaurado el siglo XVI. Los autores dramáticos más incultos, Marlowe, por ejemplo, les parecían admirables, é iban á buscar en las colecciones de Percy y de Warton, en las antiguas baladas nacionales y en las antiguas poesías extranjeras, el acento ingenuo y primitivo que había faltado á la literatura clásica, y cuya presencia les parecía el sello de la verdad y de la belleza. Por encima de toda reforma, se esforzaban en acabar con el gran estilo aristocrático y oratorio,